

## EL BOLIVARISMO DE UN ILUSTRE BOLIVOFOBO

Escribe: MIGUEL AGUILERA

Parece que el mayor infortunio que puede soportar un hombre libre es ciertamente la pérdida de la libertad. Así lo reconoció el revolucionario francés Víctor Jouy en su drama político *Los ermitaños de la cárcel*, cuando después de describir el insoportable dolor de la prisión, no deseó para los tiranos de Francia otro castigo que el calabozo: "Para que los partidarios de la tiranía se tornen amigos locos de la libertad —decía Jouy— no hay más que encarcelarlos". Por su lado, la historia de la literatura universal cita numerosos ejemplos de hombres importantes que, reducidos a la impotencia dentro de los muros sombríos de una cárcel, pero entregados a la meditación, realizaron obras monumentales, o rectificaron su habitual sistema de pensar en política, filosofía, religión o arte.

Nuestra historia ofrece, en modesta escala, dos casos de rectificación dentro de un recinto de dolor impuesto por circunstancias desgraciadas: el de José María Rojas Garrido en su concepción sobre la personalidad del Libertador Simón Bolívar; y el del librepensador Camilo Antonio Echeverri, acerca del generoso y reparador papel de la religión católica. Rojas Garrido maduró su pensamiento en la clausura ominosa de una prisión por causas políticas. Echeverri, tendido largo a largo, en el lecho de un hospital, víctima de atroz dolencia orgánica.

Trataré en esta breve apostilla, del primero, quedando con derecho a la palabra para referirme al tuerto insigne en otra ocasión.

Nació José María Rojas Garrido en una insignificante aldea de la vieja provincia de Neiva, el mismo día de 1824 en que el Libertador le reprochaba duramente al General Sucre dar crédito a hablillas de gentes vulgares interesadas en poner discordia entre ellos dos; y concluía la amonestación con este pensamiento, que todas las antologías bolivarianas reproducen para honor de la filosofía de quien lo escribió: "La gloria está en ser grande y ser útil".

Dotado el joven Rojas Garrido de poderosa inteligencia, dueño de brillante expedición verbal, y surtido de nobles aspiraciones, se educó en las ideas democráticas que se propagaban con furioso ahinco entre los años de 1838 y 1845. Fueron sus maestros los más vehementes enemigos personales del Libertador doctores Francisco Soto, Florentino González,

Vicente Azuero y Diego Fernando Gómez, y otros, no menos impetuosos, cuya prestancia sólo sabía moldearse en su aborrecimiento hacia el difunto fundador de la república, y en la nefaria manía de atribuirle las calamidades y reveses que el país soportaba diez, doce y quince años después del angustioso drama de San Pedro Alejandrino.

Inscrito Rojas Garrido en la asociación tumultuaria que se llamó irónicamente Escuela Republicana, y colaborador de los periódicos agresivos de su tiempo, no ahorró oportunidad de pregonar saña, desprecio y odio contra el recuerdo de aquel a quien entonces apodaban “déspota venezolano”, y persecución contra los hombres que le acompañaron con lealtad, no sólo en las heroicas faenas de la guerra, sino en las pacíficas y discretas labores del gobierno. El coraje con que Rojas Garrido lanzaba maldiciones y anatemas contra aquello mismo que en la cátedra, en la tribuna y en los órganos del rudimentario periodismo, maldecían sus maestros, era tal, que nadie hubiera sospechado que el verboso adalid hubiera de recoger velas y publicar su arrepentimiento cuando aún se hallaba en la cumbre de la edad viril. Sin embargo la ocasión llegó. Y llegó por donde menos se tanteaba, envuelta en los ropajes con que el simbolismo del Estado viste a quienes traicionan los augustos mandatos de la libertad y de la justicia, para alimentar su particular egoísmo y su codicia de mando supremo.

He aquí lo que la historia colombiana anotó al margen del capítulo agitado conocido bajo el título de Golpe de Estado del 23 de mayo de 1867.

Consecuencia obligada de la conspiración política del partido radical para deponer al Gran general Tomás Cipriano de Mosquera, era y fue la acusación formulada contra los dos secretarios de Estado que más directa y eficazmente contribuyeron a la consumación de los desmanes arbitrarios del dictador. Fueron ellos el doctor Rojas Garrido y el doctor Alejo Morales, colaboradores sumisos, en quienes Mosquera depositó su confianza para obrar en el sentido que las conveniencias del partido de gobierno fueran indicando gradualmente.

Abierto el proceso por iniciativa constitucional de la cámara de representantes, y aceptado el procedimiento por el senado, supremo juzgador, tanto Mosquera como sus amigos Rojas Garrido y Morales, quedaron a buen recaudo. El presidente en el salón central del Observatorio de Bogotá, y los otros dos en el cuartel del Batallón Zapadores, a una cuadra de distancia.

Los cargos contra el dictador eran tan numerosos que pudieron clasificarse de mayor a menor, desde traición a la patria hasta triviales alcaldadas, como la de no dejar circular unos impresos de propaganda opositorista por el correo oficial. Contra el secretario de lo interior y relaciones exteriores Rojas Garrido, se puntualizaban las inculpaciones de autorizar los decretos de expulsión de los obispos de Panamá, Bogotá y Santa Marta, ilustrísimos señores Juan Manuel García Tejada, Vicente Arbeláez y José Romero; comunicar a los presidentes y gobernadores de los Estados soberanos la inicua resolución de Mosquera que prohibió el recaudo eclesiástico de diezmos y primicias, y sancionaba con procesamiento a los párrocos que violaran la prohibición; y firmar el decreto sobre

juzgamiento de presas marítimas. Nada más equitativo que se arrojara luz sobre tantas abominaciones y que se escarmentaran con las penas que las leyes ordinarias prescribían contra los que, extralimitándose en el ejercicio de los poderes anexos a la soberanía, atormentaban a los débiles y escandalizaban a propios y extraños.

Para sincerarse los secretarios de la conducta dolosa que se les atribuía, presentaron Rojas Garrido y Morales un voluminoso texto manuscrito con la respectiva defensa. El estilo ágil, sentencioso, erudito y conminatorio denunciaba la mano activa y afortunada de Rojas Garrido. Lo poco que Morales aportó se descubría por la opacidad de las frases y el flaco suceso de la exposición.

Fue en la severa pero decente clausura de la cárcel donde el arrogante enemigo del nombre de Dios se acordó de El para implorarle que tuviera misericordia de esta infortunada república, donde sus representantes y voceros se entregaban a la obra de perseguir a tres inocentes: Tomás, José María y Alejo. Y fue también allí donde puso en dulce presión el recuerdo de la angustia a que sometieron al gran Libertador de Colombia los ambiciosos demagogos que, a la media noche del 25 de septiembre de 1828, asaltaron su morada con el criminal propósito de atravesarle el corazón con los puñales que ocultaban bajo la capa nocherniega.

Cuando en la propia carne se reciben los golpes de la adversidad, la conciencia hace causa común y solidaria con los que padecieron heridas semejantes. Contra pocos nombres del pasado nacional se había ensañado la verba vengadora de Rojas Garrido, como contra el de Simón Bolívar. Sin embargo, con qué veneración vino a memorarle en los instantes críticos de su juzgamiento.

Veamos cómo, basado en la cambiante historia del mundo y en el final triste de los grandes genios que vivieron sólo para sosiego y felicidad del género humano, preludió Rojas Garrido el elogio del Libertador: "Para poner de manifiesto la ingratitud de los hombres y la perfidia con que las malas pasiones de los envidiosos han llevado al infotunio y a la muerte a los grandes bienhechores de la humanidad y a los célebres caudillos de los pueblos, no necesitamos preguntar a la antigüedad cómo murió Sócrates, el filósofo divino de Atenas, acusado de corromper a la juventud y de introducir nuevas divinidades, después de haber creado la ciencia de la moral, cuando enseñaba con ejemplo la práctica de todas las virtudes públicas y privadas, y cuando había sostenido y demostrado la existencia de un solo Dios y la inmortalidad del alma; cuál fue la suerte del inmortal Foción, nombrado por el pueblo ateniense cuarenta y cinco veces general en jefe, y habiendo sido vencedor en los combates a la edad de ochenta años; ni cómo rindió la vida en su cautiverio el célebre Demetrio Falerio, después de gobernar la república de Atenas diez años, y a quien los pueblos, en señal de reconocimiento habían levantado 360 estatuas de bronce". Y asociando el nombre del celestial Mártir del Calvario, para quien antes no tuvo Rojas Garrido el menor miramiento, advertía: "Nos bastaría citar el más grande de todos los ejemplos, el que vive hace mil ochocientos sesenta y siete años, a todas horas, en la imaginación de los pueblos cristianos, acompañado de la tersura y de la ve-

neración del sentimiento religioso: la sublime catástrofe del Salvador del mundo”.

Y ahora entra en materia en favor del recuerdo de aquél contra quien en los más entrañables instantes de su vida de agitador, había hecho víctima de su vilipendio: “Pero no tenemos necesidad de ir tan lejos. Aquí, en nuestro propio país, por desgracia, contamos ya un acontecimiento de esa especie en la historia del hombre que nos dio independencia, y de cuyas proezas derivan su existencia cinco Repúblicas. En el mismo palacio en que fue sorprendido y aprisionado el Gran Mosquera, hace treinta y nueve años que se intentó asesinar al Libertador Simón Bolívar, presidente de la gran República de Colombia. ¿Qué adelantaron los asesinos con aquel horrible atentado? El General Bolívar, decían ellos, es un tirano; aspira al imperio de los Andes; su nombre, su prestigio, la admiración que le tributan los pueblos, la gloria de tantas hazañas militares, y su larga permanencia en el poder lo hacen temible; es un estorbo para la consolidación de las instituciones republicanas; es un usurpador de la soberanía de los pueblos, y su existencia, incompatible con el gobierno del mayor número. Salgamos de él, y habremos libertado a la patria de semejante monstruo. Tomaron sus puñales y se encaminaron a palacio. La noche del 25 de septiembre se diferencia, sin embargo, de la madrugada del 23 de mayo, siquiera en que aquellos conjurados opusieron sus vidas, teniendo que rendir la guardia del Libertador; y estos fueron sobreseguro, acompañados del jefe de día, escudados con la alevosía de una traición fraguada en los cuarteles, persuadidos de no experimentar el más leve contratiempo en la ejecución de su insidioso plan.

“La Providencia quiso salvar al general Bolívar en aquel momento del golpe de los conjurados; pero herido en el corazón por tamaña ingratitud, la muerte lo llevó de la mano, con paso rápido, desde aquella misma noche, y desde aquel sitio, hasta las playas de Santa Marta, en donde le había preparado una triste sepultura, sobre la cual el olvido y el desamparo debían arrojar sus sombras durante doce años. ¿Qué sucedió entonces? Habiendo salido el General Bolívar de la escena política, y apoderándose sus enemigos de la república, ¿pudieron establecer el régimen del derecho y asentar la justicia, en un orden regular, sobre bases inalterables?

“Aquella República de Colombia que con tanta majestad brillaba a los ojos del viejo mundo en el hemisferio americano, se desplomó con la muerte de su fundador, dividiéndose en tres fragmentos. Contrayéndonos únicamente al que vino a llamarse Nueva Granada, preguntemos a los herederos de la política de aquellos conjurados, con la cual se han nutrido éstos, si en treinta y siete años que llevamos de convulsiones sangrientas, desde que desapareció el General Bolívar, que era el estorbo que alegaban para consolidar la república, se ha podido dar alguna solución satisfactoria a la organización del país, fundando la libertad y el derecho bajo un sistema de paz y de orden que afiance las garantías de los asociados, y que abra de par en par las puertas a la civilización y al progreso.

“Todos contestarán que no hemos alcanzado a conseguir nada de esto; y de aquí proviene, principalmente, que el acontecimiento de la noche del 25 de septiembre se considere ya como un gran crimen, que solo

sirvió para manchar el nombre de Colombia, sin que los conjurados hayan podido disculparse con esa consolidación del orden en el triunfo de la justicia a que aspiraban, exhibiéndose en toda su horrible esterilidad el atentado, de parte de ellos, al mismo tiempo que se agranda la figura de la víctima a lo largo del tiempo en el cielo inmortal de nuestras glorias homéricas.

“Y los conjurados ¿qué bienes han dado a la generación presente? ¿Qué les deben los pueblos? Ni un átomo siquiera de felicidad. Ellos han arrastrado su existencia llevando por dondequiera la marca del crimen sobre su frente, y han disminuído tanto de talla en el corto período de treinta y nueve años, extinguidos los relumbrones con que pretendieron ofuscar a los pueblos en la primera época, que sólo tienen ese recuerdo oprobioso que enviar a la posteridad: sus figuras exiguas apenas alcanzarán a distinguirse en la galería histórica a la siniestra luz del 25 de septiembre, marcando los pasos del asesino con sendos puñales en las manos, aproximándose en altas horas de la noche al lecho del Libertador de cinco repúblicas”.

He tomado esta preciosa información del folleto en cuarto menor de 132 páginas, intitulado “Defensa ante la Nación de los actos del Gobierno del Gran General Mosquera, presentada al senado de plenipotenciarios por los secretarios de lo interior y relaciones exteriores, y de hacienda y fomento, José M. Rojas Garrido y Alejo Morales”, editado en la Imprenta de Echeverría Hermanos en el famoso año de 1867.